





probos, sin duda, serenos aunque desesperados, aceptaron la misión de entrar en aquella casa sin cimientos y sin puntales en medio de un temblor de tierra: Maximiliano veía bien que todo era irremediable; lo que buscaba no era la salvación del trono, era una actitud digna: debió haber abdicado ó dado un manifiesto, exponiendo al mundo cómo había sido engañado y cuál había sido la conducta de Francia, abreviando la lucha postrera, dando posesión al gobierno nacional de las ciudades no reconquistadas, y cerrado así sin brillo, pero no sin dignidad, el efímero sueño de su imposible grandeza. Decidió hacerlo así, oyendo los consejos de sus mejores amigos; mas el espectro reaccionario, desesperado, prendía al manto imperial sus manos de esqueleto; la reacción, muerta por Maximiliano, parecía la estatua del Comendador que venía á arrastrar al sepulcro á su matador. ¿Qué pasó? ¿Es cierto que recibió Maximiliano una carta de su madre hablándole del honor, preferible á la vida, de los hombres de su nombre y de su estirpe? ¿Es verdad que Eloy escribió la famosa carta decisiva en que conjuraba á Maximiliano á no abdicar, sino cuando los franceses hubiesen partido y el pueblo mexicano hubiese manifestado su deseo de volver á la República, porque de otro modo tornaría á Europa desprestigiado é inutilizado para el papel que debía desempeñar en Austria vencida, pues que Francisco José estaba á punto de abdicar? ¡Quién sabe! El resultado fué que Maximiliano, convertido en el último caudillo de lo que aún vivía en el reaccionarismo militar, y acompañado de Lares, de Miramón, de Márquez, volvió de Orizaba, en el camino de la abdicación, á México, en los primeros días de 1867.



D. Francisco Naranjo

En Marzo se embarcó el último batallón francés en Veracruz; la bandera francesa, ennegrecida, iba de la tragedia de aquí á la tragedia de allá.

Cada cual creyó cumplir con sus deberes personales; del lado de los republicanos, el deber era sencillo y claro; el tremendo reproche de alianza con los norte-americanos, de enajenación del territorio, se iba desvaneciendo como humo; de él surgía altísima y pura la imagen de la Patria; ni tergiversación, ni vacilación cabía; esa era la enseña, el *in hoc signo vincas* de los ejércitos que del Oriente, del Norte, del Occidente, convergían hacia el



campamento imperial. La República, desde los primeros anuncios de la intervención, se había armado de leyes inflexibles, de esas que obligan á todos los ciudadanos á afiliarse bajo la bandera de la Nación invadida; no había, no podía haber neutrales: ó mexicanos ó traidores, decía la ley; el traidor entrega su vida al patíbulo y su fortuna á la confiscación. Y para que no se creyera que esa era una ley de espanto y no de justicia, se había rubricado su promulgación con la sangre del general Robles Pezuela. A medida que la República avanzaba, castigaba á los infidentes: multas, confiscaciones, ejecuciones, marcaban el camino de la Némesis implacable; cuantos hicieron armas contra ella, cuantos habían usurpado el poder, los extranjeros que sirvieron en el ejército enemigo estaban sentenciados á la última pena. Una buena parte de la sociedad sentía el corazón comprimido de angustia.

El partido imperialista quedó disuelto en Orizaba cuando su jefe empuñó la espada fratricida de la reacción; este cadáver se irguió galvanizado, no por un ideal, que nunca dejó de rechazar Maximiliano, sino por un odio. Los miembros del partido imperialista se retrajeron á la sombra ó huyeron al extranjero; sin la menor esperanza de triunfo, seguros del de la República y contentos de él en el fondo de sus conciencias adoloridas, pero guardando una profunda adhesión personal al infortunado príncipe, esperaron el castigo con dignidad estoica. Los restos de la reacción militante, los excomulgados *vitados* de la República se apretaron en derredor del emperador, que habían obligado á quedarse y que iban á arrastrar por las etapas siniestras de la derrota y de la muerte. Resueltos, valientes, sin ilusiones, buscaban, como los gladiadores del circo imperial, una actitud para sucumbir ante el mundo; casi todos ellos supieron luchar y muchos supieron morir. La justicia y la historia los han ejecutado; paz á sus sombras, respeto á la tierra en que yacen; es la tierra bendita de la Patria; su muerte los reconcilió con su madre; son mexicanos.

Lo que hubiera servido al desgraciado artista, que una oleada de la suerte había depositado en un trono (esquife roto del que sólo quedaba una tabla), para rechazar á cuantos le decían que su honor consistía en permanecer y sucumbir, era esta simple verdad: «Para sucumbir yo es preciso que perezcan millares de hombres; yo no puedo llevar á la historia mi honor convertido en un cáliz de sangre.» Pero, preciso es confesar que el joven emperador, gracias á su temperamento por todo extremo impresionable, pasaba de un polo á otro con una volubilidad extraordinaria. Cuando salió de México para dirigir la campaña del Interior, concentrando todas las guarniciones imperialistas y conservando sólo Veracruz, Puebla, México y Yucatán, en donde la clase acomodada, en su mayoría, aceptó el imperio y le fué caballerescamente fiel, parecía seguro del triunfo; Miramón, con temerario arrojo, había marchado hacia Zacatecas para sorprender á Juárez y á su gobierno y traerlo en rehenes á Querétaro; á punto de lograrlo estuvo, pero habiendo fracasado su intento, claro está que la vuelta iba á ser un desastre. Una buena parte del ejército del Norte salió al paso del audaz capitán, rompió y deshizo su columna y aplicó la ley á los prisioneros extranjeros (San Jacinto); los jefes vencidos se incorporaron á Maximiliano, quien, seguido de Márquez, de Mejía y Méndez, en primera línea, se estableció en Querétaro, precisamente en el punto desde donde podía caer sobre los ejércitos republicanos que venían, del Occidente uno por Michoacán, del Norte el otro por San Luis, procurando batirlos sucesivamente con sus fuerzas aguerridas y desesperadas, y por ende más terribles. Se pasó el tiempo en discusiones y rivalidades, reuniéronse los ejércitos republicanos; Escobedo, caracterizado por su

prudencia, su constancia y su adhesión infinita á la República, tomó el mando en jefe é inmovilizó en el acto al emperador en Querétaro. Buscar un ejército de auxilio para salir de allí, quebrantando la fuerza incesantemente creciente de los republicanos, era elemental; Márquez salió para México con ese objeto, y comenzaron en torno de Querétaro los terribles combates de Abril, en que los sitiados mostraron su bravura y su impotencia; las fuerzas irregulares de la República solían mostrar su inferioridad táctica en la lucha, que otra parte del ejército, admirablemente organizada y armada, necesitaba constantemente restablecer; pero el hecho era la imposibilidad, bien clara en Mayo, no de hacer levantar el cerco, sino de romperlo.

Márquez no podía venir; al mismo tiempo que el gran ejército de la República fijaba á Maximiliano en Querétaro para siempre, Díaz subía al valle de Puebla, y mientras una parte de sus tropas sitiaba á Veracruz, él trataba de apoderarse de la ciudad ángelopolitana; la guarnición se defendía muy bien, y el logro de su intento parecía para el general republicano cuestión de mucho tiempo, sobre todo, porque las fuerzas de su ejército venían de todas partes indisciplinadas, autonómicas, digámoslo así, y que sólo por grados podían irse sometiendo y regularizando sobre el mismo campo de batalla. El general en jefe sólo podía contar de un modo absoluto con un grupo que le obedecía como un solo hombre. Márquez determinó redimir á todo trance la guarnición de Puebla, y salió de México al frente de una brillante columna perfectamente armada, aunque seguida de cerca por una división de caballería, destacada desde Querétaro por el general Escobedo. Pocas veces, ninguna quizás, en nuestros anales militares, se había visto un ejército sitiador en posición más crítica; el general republicano lo midió todo, lo pesó todo, comprendió su inmensa responsabilidad, vió bien que la suerte de Puebla y de Querétaro dependían de su resolución; tomó una, escogió sus colaboradores, distribuyó su ejército y, sintiendo casi á sus espaldas el paso acelerado de la columna de auxilio, lanzó toda su fuerza sobre los fuertes enemigos; rápida, terriblemente sangrienta fué esta tragedia, sembrada de heroicos episodios; sangrando, mutilado como el admirable oficial que cayó en la calle de la Siempreviva, el ejército republicano se agrupó en torno de un caudillo en quien tenía, desde aquel momento, una especie de fe supersticiosa, en el centro de Puebla, debelada el 2 de Abril. Ésta, que fué la más notable de las acciones de la guerra contra el imperio, fué sólo un primer acto: la columna de Márquez, batida, quebrantada, vencida, poco tiempo después recoge en México sus anillos de acero, rotos á pesar de la bizarría de los caballeros húngaros de Kövenhuller, y antes de que pudiera darse cuenta del desastre, las fuerzas republicanas circunvalaban á México y fijaban aquí á Márquez, á quien se ha atribuído, sin razón, el intento de traicionar á Maximiliano; no pudo ejecutar el plan que se le encomendó porque los sucesos lo aplastaron, y ese fué el segundo acto.

Entretanto, cada nuevo combate agotaba á los sitiados en Querétaro; la República en pie hacía afluir al cerco batallones tras batallones; si hubiese tenido recursos y armas, así como en aquellos momentos contaba, en todo el ámbito del país, con cien mil hombres quizás, hubiera podido disponer de doscientos mil combatientes. Querétaro vivía de fuerza nerviosa, de instinto de la propia conservación; luchaba ya con desesperación sombría; el desenlace era inevitable, era inmutable como el destino; iba á morir. Una salida desesperada, en que una quinta parte del ejército se habría escapado por algún tiempo, dejando